

Coleccionar arte no es un acto de acumular, es un ejercicio de reflexión y articulación que permite establecer conversaciones con una mirada crítica, advierte el curador tapatío y director del Museo del Barrio de Nueva York, Patrick Charpenel.

Ese ejercicio que se establece desde el coleccionismo privado permite crear una memoria histórica, pero también documentar, registrar y establecer líneas de tiempo sobre distintas escenas artísticas, sobre movimientos sociales, políticos y económicos, sobre preocupaciones de un momento en particular, pero esta labor que se realiza desde el terreno privado no se desarrolla con la contundencia que se debería desde el ámbito público.

En ese contexto la figura del coleccionista privado juega un papel importante en la cultura de una ciudad como Guadalajara, por una parte porque los presupuestos de los espacios públicos como museos y galerías de la Universidad de Guadalajara o del Estado no alcanzan para actualizar y refrescar sus acervos con adquisición constante de obra y porque el mercado del arte es caprichoso, es imposible saber cuando la obra de un artista de relevancia para la Ciudad o para el Estado estará a la venta, relata el Jefe de Exposiciones del Museo de las Artes (Musa), Moisés Schiaffino.

“La del coleccionista es una figura todavía crucial, sobre todo cuando dentro de sus valores se encuentra la exposición pública, que entienden ese vínculo entre la gente y el arte y su importancia”, explica Schiaffino.

Mónica Ashida, curadora y una de las coordinadoras de la Colección y Archivo Ashida Cueto, advierte que el mercado del arte en Guadalajara se mueve con rapidez y que tanto las instituciones públicas, como el sector privado no pueden alcanzarle el paso a la velocidad que deberían.

Si bien las colecciones privadas en la Ciudad son notables, debería existir un mayor balance con lo que ocurre en el terreno público, reitera Ashida.

“Se necesitaría un equilibrio mayor también del lado institucional, entre ambos bandos se debería tratar de solventar una escena artística cada vez más amplia, cada vez más activa, hay nuevos artistas, hay nuevas galerías, muchos movimientos y todos nos quedamos muy atrás en esa carrera de tratar de alcanzarlos y tratar de estar más o menos al parejo de lo que sucede dentro del ramo creativo”, explica la curadora.

En Guadalajara hay varios acervos de arte moderno y contemporáneo de relevancia, entre ellos los aglutinados en las colecciones Ashida Cueto, Alma Colectiva, la Colección de Arte Suro, la de Arte Charpenel, la de Claudio Jiménez Vizcarra y la de Bruno Viruete, entre otras.



La curadora y coleccionista Mónica Ashida posa con una obra de Germán Venegas, de la Colección y Archivo Ashida Cueto.

MOTOR DE DESARROLLO CULTURAL

EL COLECCIONISMO PRIVADO ES CRUCIAL PARA ESTABLECER UNA MEMORIA HISTÓRICA SOBRE LA ESCENA ARTÍSTICA, PERO TAMBIÉN ES UN IMPULSOR DEL MERCADO DEL ARTE

REBECA PÉREZ VEGA Y ALEJANDRA CARRILLO

PRIMERA DE TRES PARTES

UN SITIO RELEVANTE

La Ciudad de México, como el centro político y económico más importante del País, es donde se concentra la mayor cantidad de acervos en el ámbito privado, pero Guadalajara ha vivido un momento interesante en este terreno desde principios de la década de 1990, con la creación de Expo Arte, la primera feria internacional de arte que se realizó en México, bajo la batuta de Elena Matute y Gabriela López Rocha, recuerda Patrick Charpenel, quien fundó su colección en la década de los 90.

“En Guadalajara surgió una generación de coleccionistas tapatíos que se convirtieron en la punta de lanza del nuevo coleccionismo mexicano, esto fue desde 1992 a 1998, pero desde finales de los 80 y principios de los 90 creo que Guadalajara se convirtió en el centro.

“Tengo que decir que una figura fundamental, que creó las bases para que surgiera el coleccionismo de los 90 en Guadalajara, las puso Carlos Ashida, pero creo que uno de los continuadores de otra generación y con otra visión, que ha sido abono para que crezca este jardín, ha sido José Noé Suro, que a su vez impulsa a los jóvenes, es una figura central del coleccionismo tapatío, como en su momento lo fue Ashida”, reflexiona Charpenel.

DESDE LO PÚBLICO

El Musa, como entidad pública, trabaja constantemente con las piezas de colecciones privadas como la de Jiménez Vizcarra, la de la Fundación Black Coffee Gallery y la de Andrés Blaisten, el coleccionista en México que más obras tiene de la artista jalisciense María Izquierdo, por mencionar solo algunas.

Ahora mismo, el Musa expone “Ars poética. Las palabras y las formas en la Colección Grodman”, esa colección forma parte del museo gracias a la donación que hizo la doctora Pyrrha Gladys Grodman (1915-2014) tras su muerte. De origen estadounidense, Grodman vivió varias etapas de su vida en México y compró un acervo vasto de obras de artistas como Alfonso de Lara Gallardo, Thomas Coffeen, José María de Servín, Jorge Navarro y María Luisa González Aréchiga.

Ángel Llamas



Gobelino de la autoría de Mathias Goeritz, de los Ashida.

COMPILACIÓN FAMILIAR

REBECA PÉREZ VEGA

Carlos Ashida (1955-2015) era un coleccionista empedernido. El arquitecto y curador nacido en la Ciudad de México desarrolló la mayor parte de su práctica profesional en Guadalajara, desde donde extendió distintos vínculos con el arte moderno y contemporáneo del País.

Empezó a coleccionar arte desde la década de los 80 y a lo largo de su vida reunió un acervo con cerca de 3 mil piezas que reflejaban sus múltiples intereses e influencias que destacan por tender puentes entre creativos de distintas generaciones y lenguajes artísticos opuestos, por hacer vínculos entre el arte y la artesanía (en aquel entonces poco explorados) y por temas como la globalización y sus efectos individuales y colectivos, concepto que aún era incipiente en las conversaciones de hace 40 años, recuerda su hermana y también curadora, Mónica Ashida.

La Colección y Archivo Ashida Cueto tiene obras de artistas tan diversos en técnicas y discursos como Germán Venegas, Rufino Tamayo, Chucho Reyes Ferreira, Juan Soriano, Gonzalo Lebrija, Marie-Jo Paz, Mathias Goeritz, Fernando Palomar, Francis Alÿs y Joaquín Segura, entre muchos otros.

“Esta colección tiene eminentemente un carácter familiar, si bien la guía y la punta de lanza es evidentemente Carlos, hay una confianza y una comunicación que se

extiende a la familia, desde la confianza de mi padre de invertir económicamente para adquirir ciertas piezas, hasta la confianza de los artistas que han decidido trabajar con nosotros y que hemos acompañado a lo largo del tiempo”, recuerda Mónica.

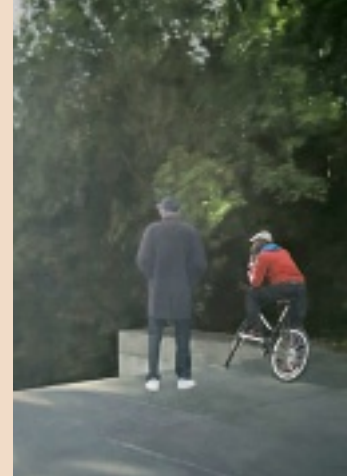
La colección fue iniciada por Carlos Ashida, pero sus hermanos Jaime y Mónica, también curadores, se dedicaron a darle forma también a este acervo, Jaime con la catalogación de los acervos y Mónica con la revisión e investigación a partir de distintas lecturas creativas.

Este acervo puede contar múltiples historias, desde la incipiente escena del arte contemporáneo de los 80 en Guadalajara, hasta piezas claves de la Escuela Mexicana de Pintura. Hay una serie de caminos que se cruzan, pero que también se trazan casi de manera paralela.

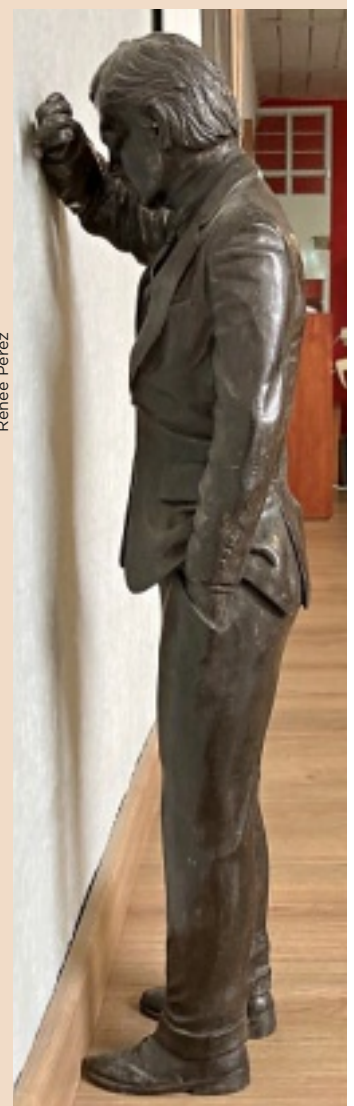
“Están los grandes maestros, pero hay una multiplicidad de lecturas, de historias, de discursos, incluso hay ideas estrambóticas expresadas a través de diferentes lenguajes de la producción artística, sí es una colección muy dinámica, no se restringe a ninguna técnica, ni a ninguna época en particular”, describe Ashida, quien recientemente hizo una revisión de este acervo familiar para la exposición “Toda Sangre Llega al Lugar de su Quietud. Revisiones del Legado de Carlos Ashida (1955-2015)”, que estará montada en el Museo Cabañas hasta el 17 de septiembre próximo.



Rubén Méndez, curador de la colección Alma Colectiva, posa con una de las piezas que resguardan.



Obra de la colección de Aurelio López Rocha.



Escultura de Gonzalo Lebrija, que forma parte de la Colección Alma Colectiva.

DE VISIÓN ARRIESGADA

REBECA PÉREZ VEGA

Uno de los pilares del coleccionismo privado en Guadalajara es el acervo de Alma Colectiva, de la familia López Martínez, integrado por más de mil piezas, que empezó a formarse en el decenio de los 80 por iniciativa de Aurelio López Rocha, hijo del reconocido empresario Salvador López Rocha, fundador de Calzado Canadá.

Desde hace casi 40 años, Aurelio empezó a coleccionar obras de arte emergente, de autores que presentaban discursos arriesgados, retadores, que incluso se alejaban de las tendencias del mercado del arte de aquel entonces. El también empresario empezó

en este terreno bajo la guía del curador Carlos Ashida, pero poco a poco se hizo de una visión propia.

El también ex Secretario de Turismo, uno de los principales impulsores de la construcción de una sucursal de Museo Guggenheim en Guadalajara hace cerca de 15 años (que no ocurrió), se ha dedicado a coleccionar bajo una óptica audaz.

“En los años 80, la colección empieza con algunas piezas de neo mexicanismo, pero ya en los 90 brinca hacia la incipiente escena del arte contemporáneo local, creo que en ese momento Aurelio tomó una posición, que creo que es un muy sui generis que es la

de arriesgar, comprar obra de artistas que nadie en el medio consumía”, ha resaltado el curador, artista y encargado de la colección, Rubén Méndez.

Alma Colectiva resalta por la diversidad de autores y técnicas, de intereses, discursos, latitudes y generaciones artísticas. Contiene obras de artistas reconocidos a nivel internacional como Gabriel Orozco, José Dávila, Germán Venegas, Pablo Helguera, Miguel Ángel Madrigal, Jorge Méndez Blake, Fernando Palomar, hasta el reconocido colectivo danés Superflex.

Aunque la colección fue iniciada por López Rocha, sus hijos y su esposa Virginia Martínez, han abonado a este acervo.

Renee Pérez